

A painting of a hand holding a rose with a skull in its center. The hand is light-skinned and holds the stem of a dark green rose bush. The main rose is large and pink, with a white skull nestled in its petals. There are two smaller, unopened red rose buds on the stem. The background is dark and textured.

Georges
Bataille

**LAS LÁGRIMAS
DE EROS**

Biblioteca
Georges Bataille

TUSQUETS
EDITORES

Georges Bataille
LAS LÁGRIMAS DE EROS

Introducción de J.M. Lo Duca

Iconografía en colaboración con J.M. Lo Duca

Traducción de David Fernández

Título original: *Les Larmes d'Eros*

1.ª edición en colección Los 5 Sentidos: octubre de 1981

1.ª edición en colección Ensayo: abril de 1997

1.ª edición en esta presentación: junio de 2023

© 1961 y 1971, Jean-Jacques Pauvert

© de la traducción: David Fernández, 1997

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-305-9

Depósito legal: B. 8.448-2023

Fotocomposición: David Pablo

Impresión y encuadernación: Unigraf, S.L.

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

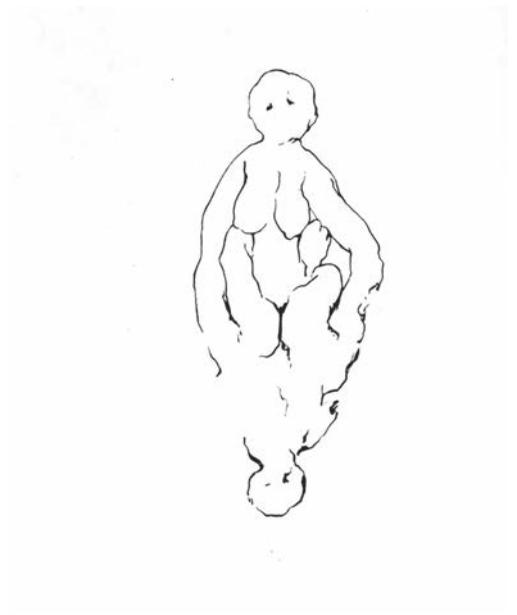


El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

<i>Georges Bataille, en la distancia, por J.M. Lo Duca</i>	9
Cartas inéditas	25
Prefacio del autor	43
Primera parte: El principio (El nacimiento de Eros)	
1. La conciencia de la muerte	51
2. El trabajo y el juego	71
Segunda parte: El fin (De la Antigüedad a nuestros días)	
1. Dionisos o la Antigüedad	91
2. La época cristiana.	117
3. A modo de conclusión	231
Apéndices	
Notas	285
Índice de nombres y materias	291

Primera parte
El principio
(El nacimiento de Eros)





Retruécano plástico de la época auriñaciense (?): estatuilla hallada en los alrededores del lago Trasimeno.

Cf. Paolo Graziosi: «Una nueva estatuilla prehistórica», *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, t. XXXVI, 1939, pág. 159.

1

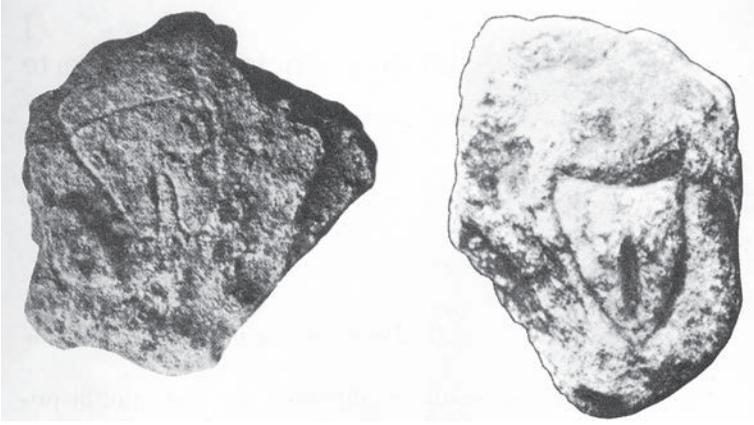
La conciencia de la muerte

1. El erotismo, la muerte y el «diablo»

La mera actividad sexual es diferente del erotismo; la primera se da en la vida animal, y tan solo la vida humana muestra una actividad que determina, tal vez, un aspecto «diabólico» al cual conviene la denominación de erotismo.

Es cierto que el término «diabólico» se relaciona con el cristianismo. No obstante, según todas las apariencias, cuando el cristianismo era algo lejano, la más antigua humanidad conoció ya el erotismo. Los testimonios de la prehistoria son contundentes: las primeras imágenes del hombre, pintadas en las paredes de las cavernas, tienen el sexo erecto. No tienen nada de estrictamente «diabólico», son prehistóricas, y el diablo en aquellos tiempos... Así y todo...

Si es cierto que «diabólico» significa esencialmente la coincidencia de la muerte y el erotismo, si el diablo no es al fin y al cabo sino nuestra propia locura si llo-ramos, si profundos sollozos nos desgarran —o bien si nos domina una risa nerviosa—, no podremos dejar de percibir, vinculada al naciente erotismo, la preocupación, la obsesión de la muerte (de la muerte en un sentido trágico, aunque a fin de cuentas, risible). Aquellos



Triángulos subpubianos grabados sobre caliza. Auriñaciense.
Cf. D. Peyrony: «La Ferrassie», *Prehistoria*, t. III, 1934.

que tan frecuentemente se representaron a sí mismos en estado de erección sobre las paredes de sus cavernas no se diferenciaban únicamente de los animales a causa del deseo que de esta manera estaba asociado —en principio— a la esencia de su ser. Lo que sabemos de ellos nos permite afirmar que sabían —cosa que los animales ignoraban— que morirían.

Desde muy antiguo, los seres humanos tuvieron un conocimiento estremecedor de la muerte. Las imágenes de hombres con el sexo erecto datan del Paleolítico superior; se cuentan entre las más antiguas figuraciones (precediéndonos en veinte o treinta mil años). Pero las más antiguas sepulturas, que atestiguan ese conocimiento angustiado de la muerte, son considerablemente anteriores; para el hombre del Paleolítico inferior la muerte tuvo ya un sentido tan grave —y tan evidente— que le indujo, al igual que a nosotros, a dar sepultura a los cadáveres de los suyos.



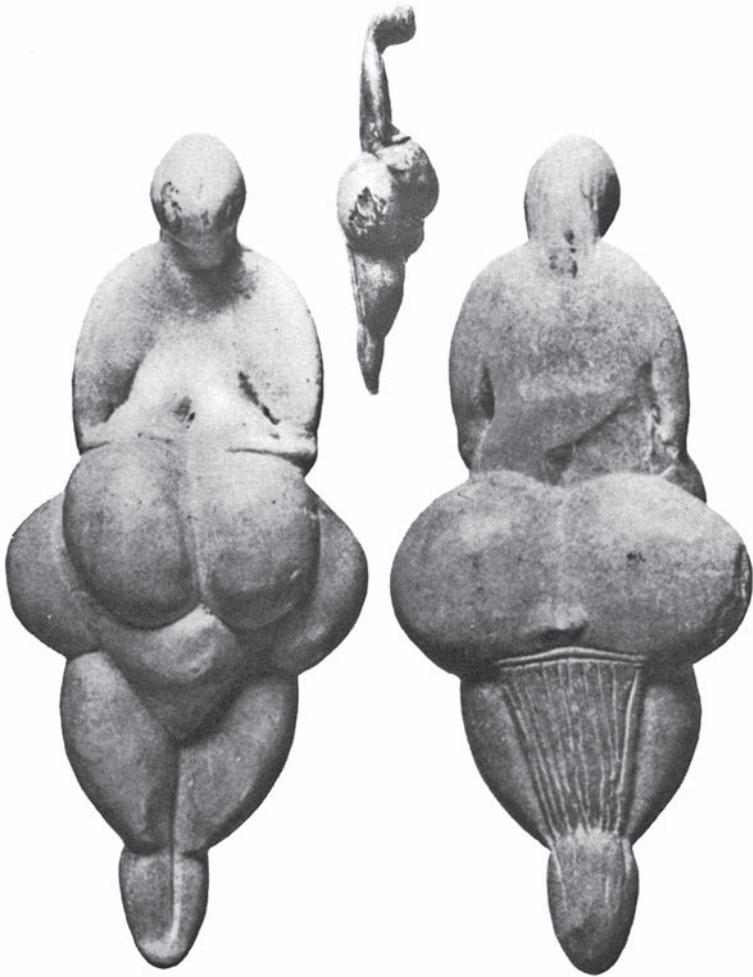
Sin duda, retruécano plástico (desnudo femenino de aspecto fálico). Estatuilla auriñaciense de Sireuil (Dordoña), vista de frente, y esquemáticamente al reverso.

Cf. H. Breuil y D. Peyrony: «Estatuilla femenina auriñaciense, etc.», *Rev. Antropológica*, enero-marzo, 1930. E. Saccasyn della Santa: *Figuras humanas del paleolítico superior euroasiático* (pág. 196), Amberes, 1947.

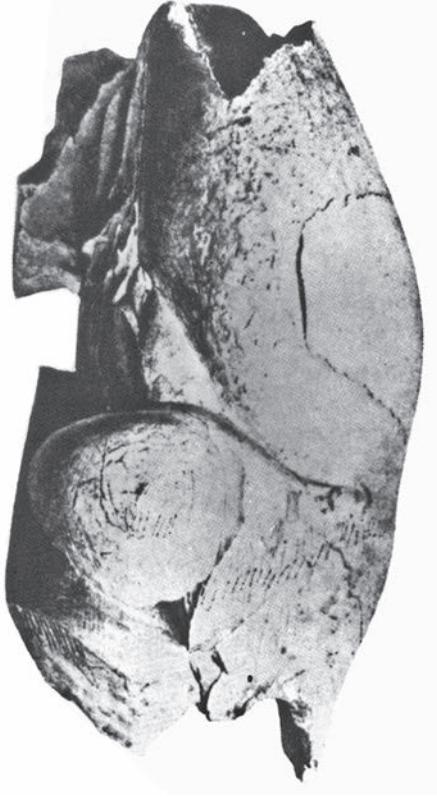
Así, el ámbito de lo «diabólico», al cual el cristianismo otorgó, como sabemos, el sentido de la angustia, es —en su misma esencia— contemporáneo de los hombres más antiguos. A los ojos de aquellos que creyeron en el diablo, la idea de ultratumba resultaba diabólica... Pero, de una forma embrionaria, el ámbito de lo «diabólico» existió ya, desde el instante en que los hombres —o al menos los antepasados de su especie— reconocieron que eran mortales y vivieron a la espera, en la angustia de la muerte.

2. Los hombres prehistóricos y las pinturas de las cavernas

Una singular dificultad surge del hecho de que el ser humano no sea un modelo acabado al primer intento. Esos hombres que por vez primera sepultaron a sus semejantes muertos, y cuyos huesos encontramos en auténticas tumbas, son muy posteriores a los más antiguos vestigios humanos. A pesar de ello, esos hombres, los primeros en preocuparse por los cadáveres de los suyos, no eran todavía, exactamente, seres humanos. Los cráneos que nos quedan muestran aún rasgos simiescos: su mandíbula es prominente y, con frecuencia, su arco superciliar está bestialmente coronado por un reborde óseo. Por otra parte, estos seres primitivos no mostraban la correcta posición erguida que, moral y físicamente, nos distingue y nos caracteriza. Sin lugar a dudas, se mantenían de pie, pero sus piernas no se erguían claramente como las nuestras. Debemos pensar también que, al igual que los simios, poseían un sistema piloso que los recubría y protegía del frío... No solo por los esqueletos y sepulturas que dejó conocemos a aquel al que los especialistas en prehistoria designan con el nombre de hombre de Neandertal: tenemos también sus útiles de piedra tallada, que representan un adelanto con respecto a los de sus antecesores. Estos fueron menos humanos en conjunto y, por lo demás, el hombre de Neandertal fue superado rápidamente por el *Homo sapiens*, el cual es, en todos los aspectos, nuestro semejante. (A pesar de su nombre, este apenas «sabía» algo más que el ser, próximo aún al mono, que le



La célebre Venus de Lespugue, estatuilla en marfil del Auriñaciense superior, vista de frente, de perfil y por detrás. Museo de Saint-Germain-en-Laye.



Estatuilla femenina de Brassempouy (cuerpo femenino llamado «la Pera»). Auriñaciense medio-inferior.

Cf. É. Piette: «La station de Brassempouy», *L'Anthropologie*, t. VI, pl. I, 1895.

precedía, pero desde el punto de vista físico era nuestro semejante.)

Los especialistas en prehistoria dan al hombre de Neandertal, y a sus antecesores, el nombre de *Homo faber* (hombre obrero). Se trata efectivamente del hombre, desde que aparece la herramienta adaptada a un uso y construida en consecuencia, ya que, si admiti-



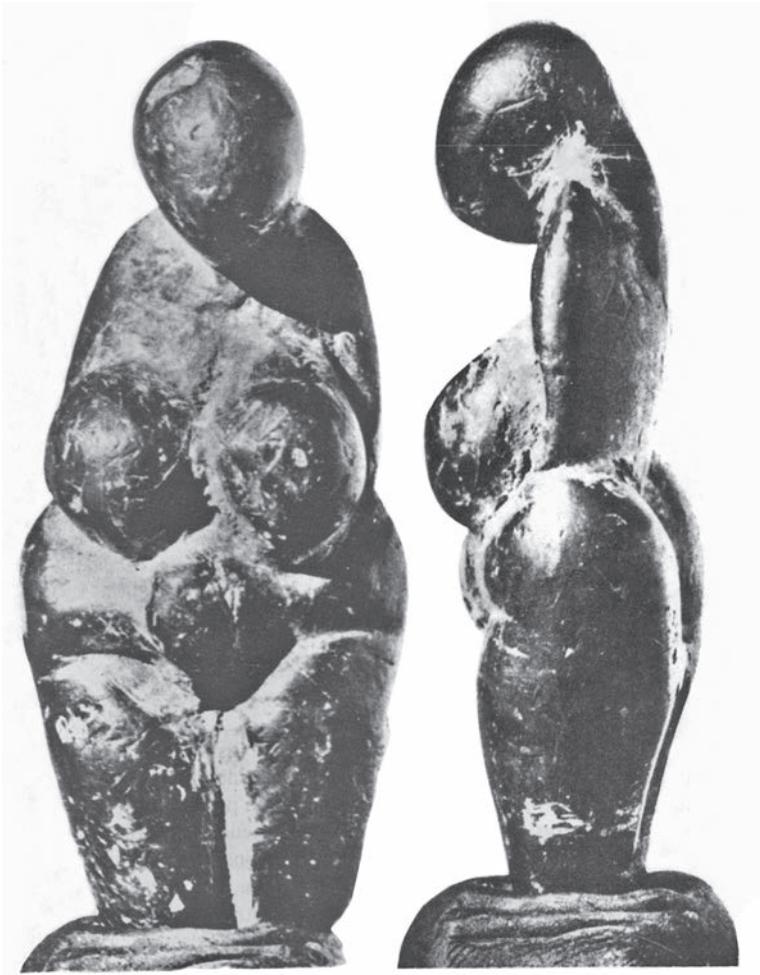
Izquierda: Mujer; bajo relieve de Laussel (Auriñaciense superior).
Derecha: Estatuilla de Sireuil (perra) (Auriñaciense medio). Museo del Hombre, París.

mos que saber es esencialmente «saber hacer», la herramienta es la prueba del conocimiento. Los más antiguos vestigios del hombre primitivo, osamentas acompañadas de herramientas, fueron hallados en Africa del Norte (en Ternifine Palikao), y tienen alrededor de un millón de años. Pero el momento realmente interesante (en particular en el plano del erotismo) es aquel en que la muerte se hace consciente, y viene señalado por la aparición de las primeras sepulturas; la fecha es mucho más tardía, ya que en principio se trata de cien mil años antes de nosotros. Por último, la aparición de nuestro semejante, de aquel cuyo esqueleto establece sin ningún género de dudas la pertenencia a nuestra especie (si no se tienen en cuenta los restos aislados de osamentas, sino de abundantes tumbas

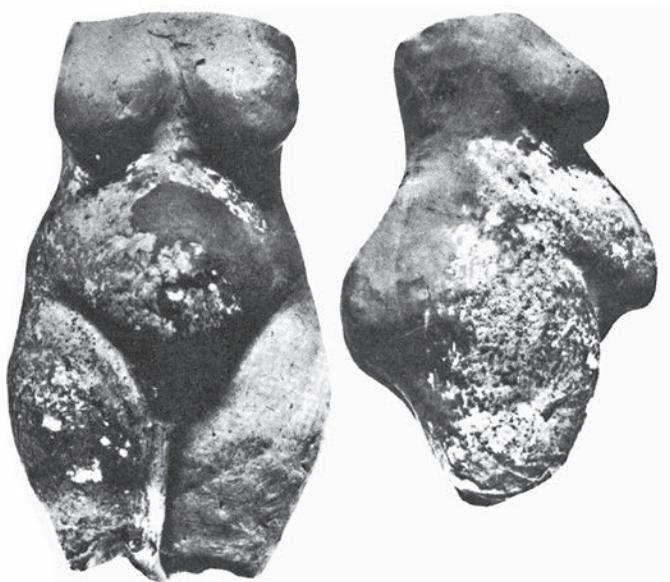


Otra célebre estatuilla del Auriñaciense superior: la Venus de Willendorf. Museo de Historia Natural, Viena.

Cf. J. Szombathy, *L'Anthropologie*, t. XXI, pág. 699, 1910.



Mujer desnuda de las cavernas de Menton. Auriñaciense superior.
Cf. Salomon Reinach: «Estatuilla de mujer desnuda», *L'Anthropologie*, t. IX, págs. 26-31, 1898. Museo de Saint-Germain-en-Laye.



Izquierda: Mujer sin cabeza de Sireuil (de frente). Auriñaciense medio. Derecha: Mujer sin cabeza de Sireuil (de perfil). Museo de Saint-Germain-en-Laye.

vinculadas a toda una civilización), nos remite, como máximo, a una antigüedad de treinta mil años.

Treinta mil años... Y esta vez no se trata de restos humanos ofrecidos por las excavaciones a la ciencia, a los especialistas en prehistoria, que los interpretan exhaustivamente...

Se trata de signos manifiestos..., de signos que alcanzan la más profunda sensibilidad, y que por fin poseen la fuerza necesaria para conmovernos y para no dejar en adelante de turbarnos. Esos signos son las pinturas que los hombres primitivos dejaron so-



Las imágenes de hombres con el sexo erecto datan del Paleolítico superior. Se cuentan entre las más antiguas figuraciones (precediéndonos en veinte o treinta mil años) (pág. 42).

Izquierda: Personaje itifálico de la época magdaleniense. Altamira. Derecha: Personaje fálico de la gruta de Gourdan, época magdaleniense.

Cf. É. Piette: *L'art pendant l'âge du renne*, París, 1907.

bre las paredes de las cavernas, en donde debieron de celebrar sus ceremonias de encantamiento.

Hasta la aparición del hombre del Paleolítico superior, al que la prehistoria ha designado con un nombre poco justificable (el de *Homo sapiens*),¹ el hombre de los primeros tiempos no es aparentemente más que un puente entre el animal y nosotros. En su oscuridad, este ser forzosamente nos fascina, pero en conjunto los restos que nos ha legado no añaden casi nada a esta informe fascinación. Aquello que sabemos de él y que nos conmueve interiormente, no va dirigido, inicialmente, a nuestra sensibilidad, ya que

si de sus costumbres funerarias deducimos que tenía conciencia de la muerte, esta conclusión es producto tan solo de la reflexión. Pero al hombre del Paleolítico superior, al *Homo sapiens*, lo conocemos actualmente por signos que no solo nos impresionan por una excepcional belleza (sus pinturas son a menudo maravillosas), sino porque constituyen el múltiple testimonio de su vida erótica. El origen de esta intensa emoción que designamos bajo el nombre de erotismo, y que opone el hombre al animal, es, sin duda, un aspecto esencial de la aportación que las investigaciones sobre la prehistoria realizan al conocimiento.

3. El erotismo, vinculado al conocimiento de la muerte

El paso del hombre de Neandertal, todavía algo simiesco, a nuestro semejante, a ese hombre completo, cuyo esqueleto en nada difiere del nuestro y del cual las pinturas o los grabados nos informan que había perdido el abundante sistema piloso del animal, fue, sin ningún género de dudas, decisivo. Hemos visto que el velludo hombre de Neandertal tenía ya conciencia de la muerte; y es a partir de este conocimiento, que opone la vida sexual del hombre a la del animal, cuando aparece el erotismo. El problema no ha sido planteado; en principio, el régimen sexual del hombre que no es, como el de la mayoría de los animales, estacional, parece provenir del régimen del mono. Pero el mono difiere esencialmente del hombre en que no tiene conciencia de la muerte; el comportamiento de un

simio ante un congénere muerto expresa tan solo indiferencia, mientras que el aún imperfecto hombre de Neandertal, al enterrar a los cadáveres de los suyos, lo hace con una supersticiosa solicitud que revela, al mismo tiempo, respeto y miedo. La conducta sexual del hombre muestra, como en general la del simio, un intenso grado de excitación no interrumpido por ningún ritmo estacional, pero al mismo tiempo está caracterizada por una discreción que los animales en general, y los simios en particular, desconocen... A decir verdad, el sentimiento de incomodidad, de embarazo, con respecto a la actividad sexual, recuerda, al menos en cierto sentido, al experimentado frente a la muerte y los muertos. La «violencia» nos abruma extrañamente en ambos casos, ya que lo que ocurre es extraño al orden establecido, al cual se opone esta violencia. Hay en la muerte una indecencia, distinta, sin duda alguna, de aquello que la actividad sexual tiene de incongruente. La muerte se asocia a las lágrimas, del mismo modo que en ocasiones el deseo sexual se asocia a la risa; pero la risa no es, en la medida en que parece serlo, lo opuesto a las lágrimas: tanto el objeto de la risa como el de las lágrimas se relacionan siempre con un tipo de violencia que interrumpe el curso regular, el curso habitual de las cosas. Las lágrimas se vinculan por lo común a acontecimientos inesperados que nos sumen en la desolación, pero por otra parte un desenlace feliz e inesperado nos conmueve hasta el punto de hacernos llorar. Evidentemente el torbellino sexual no nos hace llorar, pero siempre nos turba, en ocasiones nos trastorna y, una de dos: o nos hace reír, o nos envuelve en la violencia del abrazo.